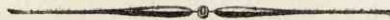


LA
ALIANZA FANTÁSTICA.
YANKEES E INGLESES.

POR

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.



SANTIAGO,
IMPRENTA DEL FERROCARRIL,
— ABRIL DE 1866 —

Siendo este folleto una propiedad de su editor, suplica a los señores editores de los diarios que se sirvan no reproducirlo.

La Alianza Fantástica.

YANKEES E INGLESES.

I.

El instinto popular es el mas grande hombre de Estado que se conoce. Nada iguala a su poder de adivinacion. Los hombres de Estado de oficio le tratan con el desden mas soberano, con el desden del Dios por cuanto mira mas abajo de él; pero los hombres de Estado hacen mal. Si en lugar de volver la espalda a lo que llaman sus importunidades,

supieran escucharle, cometerian ménos errores i serian con ménos frecuencia el juguete de lo imprevisto. Lo que a ellos les sorprende, a él jamas le sorprende.

Ahí está la alevosía de las Chinchas. Cayó en medio del mundo oficial como un rayo en un dia de verano. ¡Cuántas confusiones, contradicciones, dudas, vacilaciones, espectativas, temores, optimismos, sueños, no vinieron a embargar entónces la accion de la política de los gobiernos! Vivieron inclinándose ora a la paz, ora a la guerra, ni mas ni ménos como el paisano ébrio con quien Lutero compara el espíritu humano en su incesante vaiven. Miéntras que los pilotos gobernaban al acaso la nave, sus tripulantes no tenian duda alguna del rumbo que se debia seguir.

—Id a la guerra! decia el instinto popular.

—Temeridad! respondia la prudencia oficial cubriéndose aterrada los ojos. Esperaba que no viendo el precipicio, el precipicio desapareceria.

¿Qué sucedió? que por no creer en la guerra, vino la guerra. Si la América oficial, como lo quería la América popular, entra decididamente, en 1864, en la política de la acción, todo estaría hoy resuelto: la España habría hallado en las Chinchas el capitolio o la picota. Pero no: en vez de ir de frente a la solución, se la eludió; i hé aquí que la cuestión se ha complicado con tratados, traiciones i revoluciones. El instinto popular presentia i anunciaba todo esto; pero Casandra renacerá perpétuamente para ser perpétuamente desoída. ¿Cómo los hábiles habían de abatirse hasta pensar como el instinto popular, que veía llegar receloso i desconfiado la escuadra española que ellos festejaban?

Vox populi, vox Dei! Los hechos lo afirman, mal que pese a la vanidad de los políticos i de los diplomáticos, que creen tener en la cavidad de su mano el destino de las naciones.

Mas sucédele, allá en cuando, al instinto popular ser caprichoso, perseguir quimeras i

creer en falsos ídolos. ¡Quién no tiene sus horas desgraciadas! Felizmente, sus ofuscamientos duran poco. Viene la luz, i él siempre cede a las evidencias que ella alumbra.

II.

Esto es lo que ya principia a sucederle con el engaño en que se meciera sobre la actitud, el sentimiento i la influencia de los Estados-**Unidos** en las complicaciones i las amenazas que desencadenan contra estos paises la ambicion española i las necesidades de la política francesa. Quién creia ver a los Estados-**Unidos** haciendo partir una escuadra en nuestro auxilio. Quién que, si esto no hacia, pondria a nuestras órdenes sus arsenales i sus astilleros. Quién que, en último caso, encontraríamos ahí oro, naves, armas, eficaces simpatías. Todos, cual mas cual ménos, han pagado su tributo a este engaño i han hecho marchar en su imaginacion las leji-

nes americanas contra los rejimientos franceses, por nosotros i para nosotros. En vano era que nuestros ajentes hallaran tropiezos; en vano que se acogiera friamente nuestra causa i nuestra lucha; en vano que el gobierno de Washington se declarara neutral i nos cerrara sus puertos; en vano que Mr. Seward fuera contradictorio, Mr. Johnson reservado i glacial; en vano que se prendiera a los emisarios chilenos sobre la deposicion de falsos testigos; a todo encontrábamos una esplicacion i una disculpa:—las necesidades de la política.

Para que el encanto se rompiera, ha sido necesario ver a Mr. Seward ir a visitar las posesiones españolas; cambiar saludos, protestas, brándis con sus autoridades en el mismo momento que España imponia al Perú un tratado de rapiña, i venia sobre Chile porque éste tuvo la enerjía del derecho i la moralidad de no cruzarse de brazos miéntras que se asaltaba la casa de su vecino. Mr. Seward será un gran diplomático; pero no le envidiamos el honor de ir a apretar la mano

de los ayudantes del bandolero, de ser su comensal i su huésped. Su viaje a las posesiones españolas es una revelacion. Manifiesta su profunda indiferencia por la suerte de estas nacionalidades. Es americano; pero americano del norte exclusivamente; i entre esta o la otra ventaja para su pais o su política i un gran principio, estará siempre por la ventaja ántes que por el principio. No se esplica de otra manera la amistad del ministro abolicionista con los tratantes de esclavos.

Léjos de nosotros hacerle por ello un reproche. No pretendemos censurar a nadie, sino advertir a estas nacionalidades, diciéndolas la verdad sin miramientos de convenion, que serán hábiles, cuerdos, prácticos para la política corriente, aun cuando jamas hayamos visto confirmada en los hechos su utilidad. Si la franqueza puede perder a los pueblos, al ménos no los engañará; puede ser una falta para la escuela de la' perfidia, de la astucia que sonrie miéntras que encuentra el instante propicio de estrangular,

no para la escuela de la honradez, de la luz, clara como la verdad, recta como la justicia: para esta escuela será un deber.

III.

Los pueblos americanos no deben aguardar nada, ni en el presente ni en el porvenir, de los Estados-Unidos. La política de su gobierno no es, como algunos piensan, el resultado de las ideas de un hombre, o de las exijencias de una situacion; es la política tradicional del gran pueblo. Por eso afirman un error los que afirman que Mr. Seward no interpreta el sentimiento nacional. Si así fuera, su popularidad no tendria en qué apoyarse; i, dígase lo que se quiera, Mr. Seward es popular. ¿I sabeis por qué? Porque embrolla i molesta a la Inglaterra i a la Francia, que es la gran preocupacion del norte-americano como nacion i como individuo. Tiene usos, maneras, hábi-

tos inspirados por el deseo, que es todo un sistema, de hacerse lo mas intolerable posible a la Europa. De vez en cuando, es rudo i descomedido hasta la afectacion. Esto es tanto, que Proudhon ha podido definir con justicia, encontrando sin duda a la mayoría europea de acuerdo con él, la libertad norteamericana:—“*La facultad de hacer todo lo que es desagradable a otro.*” Aquel pueblo no se inmutará si se nos despedaza, i será impasible espectador de los banquetes de pueblos que se dé aquí la monarquía europea; pero no estará tranquilo en tanto que las tropas francesas ocupen a Méjico.

La España se anexa a la república dominicana: los Estados-Unidos la dejan obrar. Se apodera de las Chinchas: la dejan hacer de nuevo su voluntad. Viene contra Chile. ¿Cuál ha sido su mas fuerte preocupacion? El arbitraje; pero hecho por ellos. El arbitraje; pero sin ocuparse gran cosa de las necesidades de la honra ni de los destinos de la América.

Hai muchos que se lo agradecen. No so-

mos de ese número. El arbitraje, deteniendo la guerra, detenía también los progresos del principio de la solidaridad, que debe conducirnos a organizar la gran confederación del sur sobre bases más duraderas i más lógicas que las que hoy sirven de asiento a la gran confederación del norte. Aquí hai más fuerza que voluntad, más conquista que alianza. El sur norte-americano no ha vuelto al hogar común, se le ha arrastrado a él; no es un miembro de la asociación, es un prisionero. Esta es la verdad, porque la fuerza aplasta, no convence. ¿No se veía esto, tal vez, al proponer el arbitraje?

En todo caso, aun cuando, trayendo la paz, no hubiera detenido la unión, siempre el norte-americano habría asumido el papel de protector de estas nacionalidades sin que le costara ni un escudo, ni un hombre, ni un compromiso. Además, habría obtenido un triunfo sobre la Francia i la Inglaterra, que es lo que acecha por todas partes. Esto es lo que hace que su política dé aquí señales de vida. No significa otra cosa su platónica de-

ferencia. Ninguna nacion nos ha dado mas hermosas palabras por el intermedio de sus diplomáticos: ahí está el discurso de adioses de Mr. Nelson; ahí el discurso de recepcion de Mr. Kilpatrik; ahí su protesta contra el bombardeo; ahí la actitud del comodoro Rodgers; pero ni un buque, ni un cañon, ni la mas insignificante muestra de simpatía. Al contrario, se vijila a nuestros ajentes i se acoge cordialmente a las naves españolas que van visiblemente a repararse en los astilleros norte-americanos.

Mr. Seward nos sacrifica a un doble interes de su política: quiere probar a costa de nosotros a la Inglaterra cómo se observa la neutralidad, i quiere estorbar que la España entre en la coalicion europea que teme provoquen los planes que medita para el porvenir. Pero la sagacidad de Mr. Seward se engaña, i deja la presa por la sombra. España no creerá jamás en la sinceridad de los Estados-Unidos. Siempre verá en ellos a los acechadores de Cuba, de quienes no se mirará libre miétras que no tengan a su lado un

contrapeso poderoso. Su política i su conveniencia están con la Francia en Méjico. Separada de ésta i en alianza con los Estados-Unidos, es imposible que no comprenda, i, si no lo comprende, el César francés se lo hará comprender, que será al fin el juguete de la política de su aliado, para la que es una lei de su naturaleza tender uno de sus brazos sobre lo que aun queda de Méjico i el otro sobre Cuba. Miéntras el golfo de Méjico i el mar de las Antillas no sean aguas americanas, el coloso no se creará completo. Tener la tierra es una condicion de la soberanía de las aguas. Este es el hecho.

Es cierto que hoi esta política absorbente ha recojido velas, pero no ha desaparecido, como por un momento se esperó. Ha hecho alto en las horas de la crisis, no ha abdicado. Ni un instante ha cesado de mantenerse en campaña cuando el gran pueblo se hallaba en todo el poder de su salud. Mas, vino la guerra civil, vino la hostilidad de las potencias europeas contra el norte, vino el aislamiento, i entónces se maniobró para reac-

ccionar contra las desconfianzas de las nacionalidades dispersas. Con este objeto se echó sobre los hombros del sur la responsabilidad de las doctrinas del destino manifiesto puestas en práctica por el filibusterismo i las anexiones. La premura que la Europa puso en emprender la calaverada mejicana, sirvió maravillosamente al éxito de la maniobra. La América, en su alarma i su irritacion contra los que venian a apoderarse de los restos de la república mártir, se olvidó de los que la habian despojado de California i de Tejas, i cazado sus ejércitos. Miró lo perdido como carga arrojada al mar en medio de la tempestad i que convenia no recordar con tal que el resto se salvára.

Mas este olvido fué llevado demasiado léjos.

IV.

—La causa de Méjico, nos dijimos, es nuestra causa; los Estados-Uninos defien-

den a Méjico:—luego nos defienden a nosotros.

La conclusion tenia grandes apariencias de verdad. Desgraciadamente, la segunda premisa del silojismo era falsa; así es que la conclusion se ha desmoronado en los hechos.

Los Estados-Unidos no defienden a Méjico, se defienden a sí mismos en Méjico. Hai para ellos allí una cuestion de egoismo i una cuestion de orgullo. Méjico constituido bajo la presion de las influencias, la sangre, el oro i el valor de la Francia, es la Europa poniendo a los Estados-Unidos con centinela de vista, es un contrapeso, i esto ofende hasta lo mas profundo el orgullo yankee. Por nada quiere dividir su imperio, que es su plan tradicional mantener solo. La fórmula de la célebre doctrina Monroe:—*La América para los americanos!* no significa otra cosa en el lenguaje de los políticos del norte. I en seguida, Méjico monarquizado será un aliado i un aliento para el sur. La monarquía constituida allí de una manera séria, se-

ria la señal de una nueva rebelion mas formidable que la pasada; pues contaria con alianzas i con caminos para aprovecharse de los recursos de la Europa. A la perspicacia norte-americana no se la escapa nada de esto: vé léjos i vé con exactitud. Lo repetimos, en Méjico los Estados-Unidos se defienden a sí mismos.

Bien claro lo afirma el discurso de Mr. Seward en la república dominicana. Este discurso es un programa de política.

“Hemos establecido, dice, una república
“en la parte septentrional del continente
“americano. La hemos cimentado sobre an-
“chas bases. Ha crecido en nuestras manos,
“i forma hoi un imponente i talvez un ma-
“jestuoso imperio. Su estabilidad i su per-
“manencia son esenciales a nuestra prospe-
“ridad, a nuestra libertad, a nuestra tranqui-
“lidad i a nuestra ventura. Como todos los
“edificios de vastas proporciones, tiene nece-
“sidad de apoyos exteriores.

“El desenvolvimiento de la civilizacion
“en este hemisferio, le suministrará esos apo-

“yos bajo la forma de repúblicas fundadas
“como la nuestra, *en las islas i en los países ve-*
“*cinos*, sobre el principio de la igualdad de los
“derechos de los hombres. Poco nos importa
“que el pueblo de estas repúblicas sea de tal
“o cual raza, de tal o cual descendencia. Son
“necesarias a nuestra seguridad contra la
“opresion, *contra la fuerza venida del exterior,*
“i TAL VEZ TAMBIEN A NUESTRA TRANQUILI-
“DAD INTERIOR.”

Todavía hai en este discurso una prueba de que la política actual no es otra que la del pasado, es la política tradicional. Dice concluyendo Mr. Seward, que tomará el partido de reconocer la “república dominicana tan luego como dé las garantías de estabilidad necesarias.” ¿Qué política es esta sino la observada con nosotros en la lucha por la emancipacion? Los Estados- Unidos nos reconocieron cuando era incuestionable que formábamos naciones soberanas por la voluntad del pueblo i la voluntad de la victoria.

V.

Hoi la diplomacia yankee no vé mas que entónces tratándose de estas nacionalidades. Cree tener bastante con la tranquila posesion de toda la América del norte.

Este es un error de que por un instante se la imaginó curada. No ha sido así, el error es incurable, como lo indican los hechos que están pasando. Desde que, entre España i la cuádruple alianza, opta por España, es evidente que nos deja entregados al destino que quiera la casualidad. Su máxima social:— *Defiéndase cada uno como pueda!* caracteriza su conducta de la hora presente. Toda su atencion está concentrada en su interes esclusivo i en su ambicion esclusiva,— Méjico. Si se le desocupára a Méjico, no vacilaria en compensar este acto con su complicidad para cualquier atentado en estas rejiones. ¡Quién sabe si no piensa que ganaríamos bajo la

proteccion de la Europa! El norte-americano nos conoce aun mas mal que el europeo. Cree, como él, en nuestras turbulencias sin fin; como él, en nuestra incapacidad para gobernarnos; como él, en que somos razas decaidas que necesitan una transformacion. Si hoi ya no lo dice, hoi como ayer es esta su conviccion: es mas reservado, pero no es mas instruido. No somos para él sino europeos dejennerados. Su vanidad yankee no le permite concebir que en algun tiempo merezcamos ser sus aliados. Si durante la guerra civil nos manifestó cierta cordialidad, no fué otra que la del desgraciado por todos los que simpatizan con su desgracia. Vuelve a ser feliz i nos olvida. La felicidad tiene mala memoria.

¡Puede ser que un dia comprenda la gran nacion que no está bien desdeñar a los amigos de las horas de la prueba!

VI.

Si alguna vez hubo una alianza lójica, dentro de la política, fué la de la gran nacionalidad con estas nacionalidades; pero tambien, si alguna vez hubo una alianza imposible, dentro de la naturaleza, fué aquella alianza.

El orgullo podrá sobre todo en el yankee. La nacion de los prodijios, no comprende que sea justo, racional, siquiera, tratar de igual a igual a pueblos que aun no pesan en el concierto de la civilizacion ni como número, ni como riqueza, ni como industria, ni como ciencia, ni como fuerza. Vé en tales pueblos, por mas que lo calle, tan solo elementos dispersos que es necesario absorber. Para el pueblo norte-americano, el pueblo sud-americano no tiene una personalidad.

Hé aquí lo que prueba todo el pasado i lo que ya principia tambien a probar el presen-

te. ¿Quién no recuerda lo que eran sus diplomáticos diez, veinte años atrás? Un diplomático yankee era el mas incómodo de los huéspedes. Incómodo en sus relaciones oficiales i hasta en su conducta personal. No habia reclamantes mas intratables ni mas perseverantes. Si nuestros recuerdos no nos engañan, hubo uno de ellos que suscitó una cuestion porque los caballos de su coche, tomados en flagrante violacion de los bandos de policía, fueron detenidos. Los diplomáticos norte-americanos han sido impertinentes i soberbios como todos los fuertes. Algunos han sido, ademas, exétricos hasta la insolencia.

Ideas hai en los pueblos que están, por decirlo así, en su sangre, en su temperamento. Tal es la que tiene el yankee de que somos una raza inferior cuyas posesiones debe heredar mas tarde o mas temprano. La guerra de jigantes porque acaba de pasar, no ha hecho sino afirmarle en su idea. ¡Aliado, él, de las repúblicas americanas, él que obliga al César frances a cubrir su garra con terciopelo-

lo, él que hace a la Inglaterra conciliadora! qué locura! El gran pueblo no descende a ser el aliado de jentes que son un poco mas que bárbaros i un poco ménos que europeos.

Su orgullo, no cesarémos de repetirlo, le ocultará siempre su conveniencia.

Si el norte es vencido, talvez se habria hecho nuestro aliado. Vencedor, no lo será jamas; porque vencedor vuelve a ser los Estados-Unidos, la nacion que acepta rabian-do la igualdad con la Europa. Si hubo alguna vez una democracia altiva, es la democracia yankee.

Si su temperamento rechaza la alianza, el nuestro tampoco la allana el camino. Admiramos a los Estados-Unidos; pero nunca podremos imitarlos por mas que reaccionemos contra nuestras tradiciones. Aquí i allá existe la democracia i la república; allá está ya constituido el gobierno propio que aquí luchamos por constituir; un paso mas adelante, ya no hai ningun punto de contacto. La corriente de las ideas, los usos, las costumbres, la contestura moral i material son di-

versos. El yankee es un infatigable trabajador, pero no tiene nada de artista; nosotros somos mas artistas que trabajadores. El yankee es el hombre práctico que inventa i realiza; nosotros somos el hombre teórico: soñamos e ideamos mucho, realizamos poco. El yankee es de fierro; nosotros somos de acero. El yankee es gigantesco, es el hombre de los prodijios ciclópeos; nosotros hacemos prodijios de inteligencia i de destreza, mas no de fuerza: él nos matará de un puñetazo, si es que nosotros no le hemos muerto ántes de una cuchillada; es el artesano de la nueva civilizacion, de la que nosotros serémos el artista. Somos dos razas, dos jénios, dos constituciones que pueden completarse la una a la otra; pero que no lo harán sino despues de muchos siglos de lucha, si vive la guerra, — de relaciones comerciales, si la guerra se va, como todo lo anuncia.

La raza norte-americana está fatalmente condenada a ser una raza dominadora. Su temperamento se resiste a admitir los iguales, los amigos; solo comprende los sier-

vos o los enemigos. Vedla, si no, donde quiera que entra. Inmediatamente dá a todo su sello. Ahí está California; ahí está Tejas. Estermina todo lo que la resiste. Es preciso ceder o caer, abdicar o morir. Es una raza que tiene algo de la inundacion: fecunda, pero ahoga. Aliados suyos, su voluntad predominaria. Quien entrega hoy la voluntad, está en camino de entregar mañana el alma. La tempestad suele hacernos llegar pronto al puerto, mas tambien suele sumerjirnos.

VII.

Así, cuando se vé que la alianza de las dos Américas no es sino un fantasma, uno se pregunta:—¿Aquello es un mal o es un bien?

Para nuestra impaciencia presente, es una contrariedad cuando ménos; pero, para nuestros futuros destinos, es un bien. La confederacion del sur, constituida a la sombra de la

confederacion del norte, correria peligro de no ser sino una Alemania americana. En la intermediacion de un grande árbol no se levantan sino plantas enfermizas.

VIII.

Todo esto lo habíamos olvidado en medio de las preocupaciones que nos causan las hostilidades de la monarquía europea. Como los Estados-Unidos parecian entrar en nuestra política, juzgando sérias las esperanzas del porvenir, habíamos doblado la hoja del pasado.

Unid a esto la actitud de Mr. Nelson, i el ofuscamiento queda esplicado.

Se tomó la política de este diplomático por la política de su gobierno i de su pueblo. Las jentes creian que los Estados-Unidos en masa pensaban como él, i como él se asociaban a nuestros dolores i a nuestras alegrías. Pero Mr. Nelson hacia la política de su

temperamento, no la política de su gobierno. Cuando amenazaba a Pareja con oponerse al bombardeo, no hablaba el diplomático, hablaba la jenerosa sangre del hombre. Hai un abismo de por medio entre Mr. Nelson i las tendencias de su gobierno. Mr. Nelson ha visto lo que jamas verán ni Mr. Seward ni Mr. Johnson:—que aquí hai fuerza, hai trabajo fecundo, hai progreso, hai porvenir, hai hombres, hai pueblos, i no simplemente razas estraviadas o razas dejeneradas.

Mas, para certificar esto, es necesario acercarse a nosotros. Los políticos yankees están léjos i demasiado ocupados de su propio hogar para ocuparse de estudiarnos.

IX.

Conviene que cesemos de perseguir fantásticas alianzas. Si esta América debe ser para nosotros, es preciso que sea por nosotros. Todo lo que de esta conviccion nos aleje, no ha-

rá sino estraviarnos en los senderos de una falsa política, es miraje.

Realmente, es seductora, lo reconocemos, la perspectiva de contar con el apoyo de un gran pueblo. Esto sería clavar la rueda de la fortuna. Pero si la partida es hermosa, tiene sus peligros: no hai servicio que no se pague. Preguntadlo a la Italia. Se la dá la unidad, pero se la arrebatata a Niza i la Saboya, la cuna de su gran soldado i la cuna de su rei. Quien no pide un jiron de tierra, pide un jiron de soberanía. En vano es oponerse; al fin, siempre es necesario ceder, porque no se puede pagar en estocadas a un protector. La Italia ha hecho fuego contra sí misma en Aspromonte, i no se atreveria a hacer fuego contra un solo rejimiento frances.

No hai en el mundo sino una gran nacion cuya alianza no sea hoi un peligro,—la Inglaterra; porque no es ni nacion militar, ni nacion conquistadora. Toda su política se resume en dos palabras:—Tener mercados! Ser rico, hé aquí la gran preocupacion del ingles. Sabe bien que la riqueza lleva a la gloria, a

la grandeza, a todas partes. La Francia envía a Arjel soldados, i todavía está por conquistarlo despues de haber gastado cuatro mil millones de francos. La Inglaterra envía a la India mercaderes, i si la India la cuesta mucha sangre, tambien la ha dado inmensos tesoros. Perfectamente pintan a la Inglaterra las palabras de los industriales del Lancashire al saber el tratado concluido en 1842 con la China. Esclamaban lanzando al aire sus sombreros:—«Que cada uno de los trescientos millones de hombres que pueblan la China compre un gorro de algodón, i teneis nuestras hilanderías en buen camino!» Un frances habria recordado el lustre que aquello daba a su bandera. Esto será mas hermoso, si se quiere, pero lo otro es mas positivo, i, sobre todo, mucho ménos espuesto a hacer de tal pueblo un incómodo vecino. El ingles está contento con que se le deje comerciar; i gasta su oro tan bien como la Francia suele gastar su sangre. La sangre de la Francia ha hecho la unidad de la Italia; pero el oro ingles ha contribuido allí a la pro-

paganda de las buenas ideas. Si la Inglaterra suele abusar de su fuerza,—es tan fuerte! —nunca mira de buen ojo los abusos ajenos. Ciertó es que firmó el tratado de Lóndres contra Méjico, que vino a Méjico; pero abandonó la partida tan pronto como vió asomar la conquista i el imperio. Habia venido a imponer el apremio personal a sus deudores morosos: nada ménos, ni nada mas tampoco; i se retiró mui complacida de que la Francia se encargára de todo: hacer pagar las deudas, restablecer el órden, crear el comercio i la industria, transformar el pais.

Hé aquí un pueblo con el cual podemos entendernos.

X.

Hai mucho de ingles en nuestras opiniones, ideas, usos, gustos i aun carácter. Todos por aquí entendemos perfectamente la libertad inglesa. Siempre que queremos encon-

trar un precedente, un ejemplo, una lección, acudimos a la Inglaterra, i siempre con ventaja para las prácticas liberales. En ningun orden tenemos por qué arrepentirnos de las importaciones inglesas, que nos traen buenos fardos, buenos hombres, buenas tendencias. El ingles es nuestro conocido, casi nuestro amigo desde la cuna. Apénas éramos una nación, i ya la Inglaterra nos alargaba la mano, nos introducía en la familia de las naciones, i, lo que vale mas, nos abría también su bolsa. Desde entónces, jamás nos ha faltado su oro para ninguna empresa útil o grande. El oro ingles nos ayudó a construir ferrocarriles, i hoy mismo nos ayuda a hacer la guerra. En parte alguna ha despertado simpatías mas sinceras ni mas eficaces que en Inglaterra nuestra causa i nuestra lucha. La prensa nos da su palabra, el capital sus esterlinas. Le pedimos dos millones i nos ofrece diez i ocho.

¿Dónde han sido construidos los refuerzos que la alianza aguarda? En Inglaterra.

¿De dónde podrá sacarlos para en adelante? Siempre de Inglaterra.

Aunque la opinion inglesa ha tenido sus veleidades, no deserta nuestras filas. Somos la nacion honrada, justicia i derecho están con nosotros, i estas cualidades concluyen por vencer cualquiera resistencia en ese gran pueblo, donde la razon nunca debe des-
esperar de tener razon; porque se la escucha, se la permite dar sus pruebas, proyectar sus evidencias. Entre la España tramposa i Chile buen pagador, la Inglaterra estará en todas circunstancias por Chile. Esto parecerá prosaico, egoísta a algunos; pues a nosotros nos encanta. Jamas comprendimos las adhesiones vaporosas: o son perfidia, o son humo; no tienen asiento en el mundo de las realidades.

Los antagonismos que han turbado de vez en cuando las relaciones de la Inglaterra con la América, han nacido de errores, mas de detalle que de fondo, en el desarrollo de su política. En sus abusos de la fuerza, si ha conspirado contra nuestros bolsillos, no ha conspirado contra nuestras libertades. Se la paga, i deja en paz.

Los únicos que es cuerdo temen a la Inglaterra, son los que tienen entre sus bienes alguna isla o algún estrecho que sean importantes para la seguridad de los derroteros de su comercio. Mas tarde o mas temprano, isla i estrecho serán ingleses.

Fuera de aquí, solo son sus enemigos los pueblos que no comercian. Por eso ha sido tan poco escrupulosa con la China i el Japon.

Pero en esto no hai nada que sea un motivo de recelos para nosotros. La Inglaterra halla aquí mercados libres, hogares hospitalarios, legislaciones protectoras, todas las franquicias que hacen tranquila la vida de la familia, fácil el cambio. Nos vende, nos compra i nos presta sumas inmensas. Para que este campo de trabajo i explotacion se ensanche, es necesario que las cuestiones monárquico-americanas lleguen a una solucion que haga estables en estos paises paz, libertad, soberanía. La paz a cualquier precio no es una solucion, como acaba de probarlo el Perú.

El buen sentido ingles no tardará en com-

prenderlo allá, como ya lo comprende aquí.

Vale mas la guerra que la revolucion. Aquella resuelve, esta solo complica.

XI.

Es un hecho que, entre el ingles i el chileno, entre el ingles i el americano del sur, no hai ningun jérmen sério de desconfianza ni de lucha. No se le puede acusar de conspirar contra nuestra soberanía, i ha respetado siempre nuestras libertades, en las que ha visto, con razon, un reflejo de las suyas.

¿Qué quiere la América? Ser libre i ser próspera; quiere concluir con la política de las rivalidades, las asechanzas, las ambiciones, las guerras por territorios o por fronteras, i entrar en la política económica, que busca la riqueza en el cambio; en la política honrada, que busca la estabilidad en la justicia i el derecho; en la política ilustrada, que cree que engrandecerse es elevar el nivel de la inteli-

jencia en el individuo i en la sociedad: quiere el libre cambio para sus industrias, la libertad para sus ciudadanos, el derecho comun para sus naciones.

Tal es su ideal. Realizado, sirve a los intereses ingleses como no lo harán jamás monarquías impuestas por la conquista, que serian lucha, sangre, esterminio, treguas, nunca paz; protectorados que serian odiosos, o colonias que son delirios.

Lo que la Inglaterra necesita en América, es una paz inmediata, seria, sólida, que aclare las situaciones, restablezca la confianza, dé a cada uno un puesto i una actitud clara i definida.

Esto mismo es lo que necesita la América i lo que persigue en la guerra. Así, el interes ingles está con nosotros, es el nuestro.

XII.

Es verdad que la diplomacia del cañon es de invencion inglesa. Pero, si la ha ejercita-

do, ha sido porque creía resguardar con ella sus intereses. Una vez que note su engaño, no será la Inglaterra la que persista en un camino riesgoso, cuando se le abre otro llano, fácil, i en el que se hallan perfectamente garantidos su comercio i su riqueza.

Ademas, aquella Inglaterra está ya vieja i se vá. El porvenir no es allí de los políticos injeniosos, ricos en expedientes: lord Palmerston no ha hecho escuela ni deja sucesion. El porvenir pertenece a los políticos de la ciencia i de las ideas: si lord Palmerston ha sido estéril, Mr. Cobden ha sido fecundo. Con sus sucesores, no es a la política del cañon a la que caerá en suerte la primacia ni en el trono, ni en el gabinete, ni en el parlamento; la primacia será de la diplomacia que hace tratados de comercio, que trabaja por convertir en rieles las corazas de las naves, que niega que la rivalidad eterna con los Estados-Unidos i la desconfianza eterna de la Francia sean condiciones de la grandeza de la Inglaterra, que cree, en fin, que los pueblos existen, no para ser rivales que se

acechan o enemigos que se despedazan, sino aliados cuya mision es ayudarse en esta gran batalla de la vida, del bien contra el mal, del bienestar contra la miseria, de la ciencia contra la ignorancia, de la intelijencia contra el obstáculo. Para llegar aquí solo se necesita que todos los grandes pueblos i todos los grandes hombres, soberanos, ministros, oradores, políticos, grandes dignatarios del Estado i grandes dignatarios del pensamiento, sepan tener un minuto de buen sentido.

La Inglaterra, no lo dudamos, tendrá la gloria de abrir la marcha. Será entónces, de hecho, el protector de débiles, oprimidos i amenazados.

XIII.

En la situacion a que se ha llegado, es fuerza optar por uno de los dos términos de la disyuntiva:— o el mundo es de los conqu s-

tadores, de la guerra;—o el mundo es de los comerciantes, de la paz.

La hora es de transición.

¿Está dispuesta la Inglaterra a hacerse conquistadora? Si no lo está, ¿está dispuesta a dejarse turbar resignada los mercados de medio mundo donde domina sin rival?

No podemos admitirlo. Si allí se antepusieran a las cuestiones nacionales las cuestiones dinásticas, i a las cuestiones de comercio las cuestiones de gobierno, ya sería posible una actitud semejante; pero el pueblo inglés se cura poco de dinastías, de fórmulas i de formas. Para él todos los gobiernos son buenos, ya gobierne una asamblea, un rei o un presidente, con tal que el país se constituya i el comercio marche. Solo un odio sistemático tiene en política,—el odio a la anarquía, como en industria a las prohibiciones. En esto todavía nos encontramos de acuerdo con él.

Así, nada tenemos que temer i sí mucho que esperar del lado de la Inglaterra. Todo depende de que comprenda el movimiento

de estos países en cuanto tiene de elevado, jeneroso i fecundo. Aquí no hai, como lo pretenden nuestros enemigos, una reaccion contra la Europa liberal, justa, magnánima, sino contra esa Europa decrépita que aun invade las cancillerías i que amenaza desde ahí nuestro reposo, nuestras libertades i nuestros derechos, un pasado heróico i un porvenir hermoso.

Somos europeos i quedaremos europeos. Los pueblos no cambian su naturaleza en una hora ni por el capricho de un acontecimiento. Por eso nunca hubo recelo mas quimérico que el que alimenta la opinion europea de que nos convirtamos en yankees. Si este recelo es el que ha llevado a Napoleon III a Méjico, hé aquí una prueba mas de cuán mal consejero es el miedo. Nó, no queremos ser yankees, sino hombres libres i naciones soberanas.

Tal es nuestra aspiracion, tal nuestra empresa.

Si hemos vacilado i caido, si hemos tenido facciones, intrigas, miserias, luchas, des-

garramientos, ¡que el que se crea sin culpa nos arroje la primera piedra! Cuando el dolor preside al nacimiento del hombre, ¿se querría que no presidiera también al nacimiento de un pueblo, de un mundo? Dadme el hombre que así no nazca, i yo os daré el pueblo.
